

de la decadencia latina, sobre todo en la intemperancia descriptiva unida á cierto refinamiento que le hace buscar nuevos aspectos en el paisaje y apurar menudamente los detalles con un artificio de dicción primoroso y nuevo. Otro rasgo de su estilo consiste en la mezcla frecuente de los pormenores realistas, triviales y aun grotescos, con lo más elevado y puro de la emoción poética, no tanto por desaliño ó cansancio, cuanto por buscar un nuevo elemento de interés en el contraste. Cuando quiere ser clásico puro, llega sin esfuerzo al clasicismo alejandrino por lo menos, y pedazos de sus églogas hay que recuerdan mucho más la manera de Teócrito que la de Virgilio. En ocasiones la docta industria con que aspira á remedar los ecos de la flauta de Sicilia, parece que preludia una de las maneras de Andrés Chénier. De todos los imitadores de Teócrito, anteriores á este gran maestro del neoclasicismo, Valbuena es el que más exactamente llegó á reproducir algunas cualidades del modelo, no sólo en la artificiosa, pero no amanerada simplicidad del estilo, sino en la composición general y en el diálogo, en lo que pudiéramos decir parte dramática de la égloga, que casi siempre falta en los bucólicos virgilianos.

Pero la manera habitual y predilecta de Valbuena es otra muy diversa y muy alta de color, muy aventurera é impetuosa, formada con tan varios elementos como la viciosa lozania de Ovidio, el número sonante y la enfática altivez de Lucano, de Estacio y de Claudiano, y la risueña fantasía del Ariosto con cuyo filtro mágico diríase que se adormece la naturaleza en un perpetuo sueño de amor. Valbuena es un segundo Ariosto, inferior sin duda al primero, no sólo por haber llegado más

tarde, sin poder participar de aquella suprema embriaguez de luz en que vivió el poeta de Ferrara, en medio de los resplandores del Renacimiento; no sólo por carecer del alto sentido poético y de la blanda ironía con que el autor del *Orlando* corona de flores el ideal caballeresco en el momento mismo de inmolarle, sino porque aun en lo más externo, en las condiciones más técnicas, resulta notoriamente inferior en gusto y arte, ya por falta de donaire en la parte cómica, ya por resabios frecuentes de hinchazón y ampulosidad culterana, ya por monstruosa desproporción en los episodios; sin contar la poca novedad y consistencia de las figuras que en el poema intervienen: paladines, encantadores, gigantes ó princesas encantadas, derivados todos ó de su predecesor italiano ó del fondo común de los libros de caballerías. Pero con todos estos graves y sustanciales defectos, todavía creemos, como creyó Quintana, que las facultades descriptivas del Abad de la Jamaica eran casi iguales á las del Ariosto, y por de contado superiores á las de cualquier poeta nuestro. No se ha de negar que le perjudicó en gran manera el exceso mismo de esta cualidad, no templada en él convenientemente por ninguna otra, aunque ciertos episodios, como el ternísimo de Dúlcia muestran que no le faltaban condiciones de sentimiento, y que encontraba alguna vez, como por instinto, aquella suave languidez de expresión que penetra el alma en algunos pasos de Eurípides y de Virgilio. Pero como la poesía naturalista y pintoresca no era la que más abundaba en España y en el siglo XVI, algo ha de concederse á quien tanto ensanchó sus límites y tanto despilfarró los tesoros de la lengua, convirtiendo la pluma en pincel con ímpetu y furia desorde-

nada, sólo comparable á la de los retóricos coloristas de la moderna escuela romántica, que se jactaban de saber «los nombres de todas las cosas». No es sólo en el *Bernardo* (obra capital suya) donde se leen, como ponderó Quintana, «descripciones admirables de países, de fenómenos naturales, de edificios y de riquezas, antigüedades de pueblos, de familias y de blasones, sistemas teológicos y filosóficos». Hay una obra de su juventud que nos da ya la medida de su asombrosa fertilidad descriptiva, por la cual D. Nicolás Antonio, interrumpiendo con un rasgo de entusiasmo su habitual sequedad bibliográfica, le había declarado superior á todos nuestros poetas *descriptionum elegantia, geographiæ astronomicæque rei locorum pulcherrima tractatione, mira que exprimendi fereque oculis subjiciendi quod tam longe à conspectu est, virtute*. Tal es el poemita de la *Grandeza Mexicana*, impreso en la capital del virreinato en 1604 (1). Si de algún libro hubiéramos de hacer datar el nacimiento de la poesía americana pro-

(1) *La Grandeza Mexicana del bachiller Bernardo de Balbuena*.... En México, por Melchior Ocharte, 1604, 8.º

De esta edición rarísima hay dos clases de ejemplares con algunas diferencias que ha notado el Sr. Icazbalceta. (*Memorias de la Academia Mexicana*, 1886, págs. 95-116.)

La *Grandeza Mexicana* ha tenido tres reimpressiones matritenses en nuestro siglo, la de 1821, publicada por la Real Academia Española al fin de *El Siglo de Oro*, la de 1829 y 1837, por D. Miguel de Burgos, 12.º Estas dos últimas son en realidad una sola, con distinta portada y preliminares. Hay también una edición de Nueva York (1828) y otra de México (1860). Es lástima que en todas las reimpressiones se hayan suprimido la mayor parte de las piezas en prosa y verso que acompañan al poema y que son muy curiosas para la biografía de su autor y hasta para el conocimiento de sus ideas literarias. La más importante es un *Compendio Apologético en alabanza de la Poesía*.

piamente dicha, en éste nos fijaríamos más bien que en el *Arauco Domado* de Pedro de Oña, aunque éste fuera chileno y Valbuena español. Nada hay americano en el poema de Oña más que la patria del autor, mucho hay en Balbuena, cuyo libro es una especie de topografía poética. ¡Lástima que en la parte de botánica no llegue el autor á emanciparse de la tiranía de los recuerdos clásicos é italianos, y nos describa más bien las plantas de Virgilio ó de Plinio que las que fueron reveladas al Viejo Mundo por Oviedo y Francisco Hernández! Pero aunque el paisaje, en medio de su floridez y abundancia, no tenga más que un valor convencional y aproximado, y esté, por decirlo así, traducido ó traspuesto á un molde literario, todavía en el raudal de las descripciones de Valbuena se siente algo del prolífico vigor de la primavera mexicana. Tiene no obstante más interés, más verdad y más animación para nosotros la descripción que hace de las grandezas de la ciudad que la del campo. Enamorado de ella hasta el delirio, apura los epítetos en su loor, y todos le parecen pocos para expresar su sincero entusiasmo por la que llama

Del placer madre, piélagos de gente,
De joyas cofre, erario del Tesoro,
Flor de ciudades, gloria de Poniente;
De amor el centro, de las musas coro,
De honor el reino, de virtud la esfera,
De honrados patria, de avarientos oro,
.....
Templo de la beldad, alma del gusto,
Indias del Mundo, cielo de la tierra.

El rumbo, el tropel y el boato, la bizarría de trajes é invenciones, el brio y ferocidad de los caballos mexicanos y la gala bizarra de sus jinetes, envueltos en sedas

y «varia plumeria», los ricos jaeces y libreas costosas de aljófar, perlas, oro y pedrería, ejercen sobre la ardiente imaginación de Valbuena una especie de prestigio mágico. Muy aficionado debió de ser á caballos, á juzgar por el alarde de precisión con que los describe, distinguiendo sus castas y cualidades:

Donde en rico jaez de oro campea
El castaño colérico, que al aire
Vence si el acicate le espolea;
Y el tostado alazán, que sin desgairé
Hecho de fuego en la color y el brio
El freno le compasa y da donaire;
El remendado overo húmedo y frío,
El valiente y galán rucio rodado,
El rosillo cubierto de rocío;
El blanco en negras moscas salpicado,
El zaino ferocísimo y adusto,
El galán ceniciento gateado;
El negro endrino, de ánimo robusto,
El cebruno fantástico, el picazo
Engañoso, y el bayo al freno justo,
Y otros innumerables que al regazo
De sus cristales y á su juncia verde
Esquilman y la comen gran pedazo.

Nunca se encontró mayor concordancia entre el autor y el asunto. Nadie dirá que al estilo de Valbuena no se le hubiese comunicado ampliamente la generosa imprevisión indiana, la opulencia aparatosa y despilfarrada «sin cortedad ni sombra de escaseza»,

Aquel pródigamente darlo todo,
Sin reparar en gastos excesivos,
Las perlas, oro, plata y seda á rodo.

El buen gusto encuentra mucho que reparar en esas interminables enumeraciones, y murmura por lo bajo que en poesía la acumulación no es sinónimo de positiva

riqueza; pero el oído queda halagado y los ojos se deslumbran; que al fin españoles somos, y á tal profusión de luz y á tal estrépito de palabras sonoras no hay entre nosotros quien resista:

Es la ciudad más rica y opulenta,
De más contratación y más tesoro,
Que el Norte enfria, ni que el sol calienta.
La plata del Perú, de Chile el oro,
Viene á parar aquí: de Terrenate
Clavo fino y canela de Tidoro.
De Cambray telas, de Quinsay rescate,
De Sicilia coral, de Siria nardo,
De Arabia inciensos y de Ormuz granate.
.....
La fina loza del Sangley medroso,
Las ricas mantas de los Scitios Caspes,
Del Troglodita el cinamo oloroso:
Ámbar del Malabar, perlas de Hidaspes,
Drogas de Egipto, de Pancaya olores,
De Persia alfombras y de Etolia jaspes.
De la gran China sedas de colores (1),
Piedra Bezar de los incultos Andes,
De Roma estampas, de Milán primores.

Pero no siempre corre tan desatada y viciosa la musa de Valbuena. Tales recursos había en su ingenio, que le hacen evitar la monotonía de la enumeración y dar suave reposo al espíritu, cuando pudiera sentirse fatigado de pompa y brillantez tan continuas. Entonces el raudal de su vena, contenido y restañado por el buen gusto, se convierte en dulce remanso donde los ojos se recrean apaciblemente contemplando lo limpio del

(1) Para que no se tengan por excesivamente hiperbólicas estas descripciones, téngase en cuenta que después del descubrimiento de las Islas Filipinas México llegó á ser uno de los principales depósitos del comercio del extremo Oriente por la vía del Océano Pacífico.

fondo y lo transparente de las aguas. ¡Qué delicioso principio, por ejemplo, el del capítulo iv!

¿Qué oficio tan sutil ha ejercitado,
Flamenco rubio, de primores lleno,
En templadas estufas retirado,
Á quien los hielos del nevado Reno,
En la imaginación dan con su frío
Un cierto modo á obrar dispuesto y bueno.....

Y en todo lo restante de este canto, dedicado en gran parte á la industria, ¿no se ve apuntar aquel mismo género de primor y artificio sabio de dicción que constituye la principal gloria de Andrés Bello?

El oro hilado que con las voltarias
Hebras que el aire alumbran entretienen
Mil bellas manos y horas solitarias
.....

Y entre este resonante aire movible (1)
No falta sutil lima que reduce
El duro acero á término invisible,
Y en finas puntas aceradas luce
De sutiles agujas que el desnudo
Aljófar hacen que por ellas cruce.

Digno remate y coronación de tan gallardo poema es el epílogo en que contemplando á España en la cumbre de su prosperidad y de su grandeza antes que se notasen las primeras señales de decadencia, exclama el autor con acentos verdaderamente épicos y dignos de tal materia:

¡Oh España valerosa, coronada
Por monarca del Viejo y Nuevo Mundo,
De aquél temida, déste tributada.
.....

(1) El de la fragua.

Pues desde que amanece el rubio Apolo
En su carro de fuego, á cuya llama
Huye el frío dragón, revuelto al polo,
Al mismo paso que su luz derrama,
Halla un mundo sembrado de blasones,
Bordados todos de española fama.

Mira en los orientales escuadrones
De la India, el Malabar, Japón y China
Tremolar victoriosos tus pendones,

Y que el agua espumosa y cristalina
Del Indo y Ganges tus caballos beben,
Y el monte Imavo á tu altivez se inclina.

.....
Y á tu espalda, en las selvas de Tidoro,
De flores de canela coronada,
Arrodillado ante tu cruz el moro.....

.....
Tus católicos hijos belicosos
En sus atrevimientos descubrieron
Que era bastante á sujetar su espada
Más mundo que otros entender supieron.

.....
¡Oh España altiva y fiel, siglos dorados
Los que á tu Monarquía han dado priesa,
Y á tu triunfo mil reyes destronados!

Traes al Albis rendido, á Francia presa,
Humilde al Póo, pacífico al Toscano,
Túnez en freno, y África en empresa:
Aquí te huye un príncipe otomano,
Allí rinde su armada á la vislumbre
De la desnuda espada de tu mano.

Ya das ley á Milán, ya á Flandes lumbre,
Ya el imperio defiendes y eternizas,
Ó la Iglesia sustentas en su cumbre.

El mundo que gobiernas y autorizas
Te alabe, patria dulce, y á tus playas
Mi humilde cuerpo vuelva ó sus cenizas.

De este modo, la glorificación de México y la apoteosis de España se confunden en los cantos del poeta, como el amor á sus dos patrias era uno solo en su alma. Por eso es á un tiempo el verdadero patriarca de la poe-

sia americana, y, á despecho de los necios pedantes de otros tiempos, uno de los más grandes poetas castellanos. La Academia Española, que ya procuró levantarle modesto monumento con la edición de algunas de sus obras en 1821, se complace hoy en renovar su memoria, igualmente grata y gloriosa en ambos mundos.

El nombre de D. Juan Ruiz de Alarcón viene aquí naturalmente á los puntos de la pluma, no por semejanza poética con Valbuena, puesto que no hay dos ingenios más diversos así en el género que cultivaron como en el temple de su estilo y calidad de su gusto, sino por cierto contraste en su fortuna literaria y en la respectiva significación que alcanzan dentro del cuadro de la literatura española. Fueron contemporáneos, y quizá se conocieron en las aulas ó en los saraos literarios de México; pero su vida siguió rumbos tan opuestos, que al paso que Valbuena puede ser calificado de español-americano ó americanizado, de cuyo nombre é influencia es imposible prescindir en cualquiera historia de la poesía del Nuevo Continente, Ruiz de Alarcón ha de ser tenido por un americano españolizado, que sólo por su nacimiento y su grado de licenciado puede figurar en los anales de México. Toda su actividad literaria se desarrolló en la Península: son rarísimas en él las alusiones ó reminiscencias á su país natal: de una sola comedia suya, *El semejante á sí mismo*, se puede creer ó inferir con verosimilitud que fuese compuesta en América. La poesía dramática, campo único de sus triunfos y de sus inmerecidos reveses, era planta cortesana que no podía prosperar en una remota colonia. Buscó, pues, Alarcón el centro en que la multitud dispensaba los favores de la escena, y fué tan ingenio de esta corte como los madri-

leños Lope, Tirso, Calderón y Moreto ó el toledano Rojas. Fenecido el grupo de Valencia, que casi pertenece al período de los orígenes, no queda en España más que un teatro nacional, y á él se amoldan hasta los vates que proceden de escuelas líricas tan enérgicamente caracterizadas como las de Andalucía, y los que ni siquiera tenían por lengua materna la castellana, como los portugueses.

Varias razones nos inducen á prescindir de Alarcón en este estudio. Es la primera la total ausencia de color americano que se advierte en sus producciones, de tal modo, que si no supiéramos su patria, nos sería imposible adivinarla por medio de ellas. Es la segunda su propia grandeza y perfección como dramático, la cual le hace salirse del marco de la poesía colonial, que resulta exiguo y desproporcionado para tal figura. Añádase á esto que no cultivó nunca la poesía lírica sino en pocos é infelicísimos versos de circunstancias, ó arrancados por la amistad para preliminares de libros. Y es la última razón, y no la menos valedera, el que Alarcón está ya definitiva y magistralmente juzgado por Hartzenbusch y por D. Luis Fernández-Guerra (1). Gracias á ellos, nadie le niega ni le disputa la palma de la comedia moral entre nosotros, sin que por eso ceda el paso á otro alguno ni en la novela dramática de *El Tejedor de Segovia*, ni en la alta inspiración religiosa de *El Anti-*

(1) Hartzenbusch. *Caracteres distintivos de las obras dramáticas de D. Juan Ruiz de Alarcón* (discurso preliminar á su edición de las *Comedias* de Alarcón, tomo xx de la *Biblioteca de AA. Españoles*). Fernández-Guerra. *Don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza*. Madrid, 1871. Véanse también los estudios de D. Isaac Núñez Arenas que acompañan á la edición selecta del *Teatro de Alarcón* hecha por nuestra Academia en 1867.

cristo, ni en la noble y felicísima expresión de los afectos caballerescos, donde pone siempre algo más humano, más íntimo y menos convencional que otros grandes poetas de su tiempo. Pero su gloria principal será siempre la de haber sido el clásico de un teatro romántico sin quebrantar la fórmula de aquel teatro ni amenguar los derechos de la imaginación en aras de una preceptiva estrecha ó de un dogmatismo ético; la de haber encontrado por instinto ó por estudio aquel punto cuasi imperceptible en que la emoción moral llega á ser fuente de emoción estética, y sin aparato pedagógico, á la vez que conmueve el alma y enciende la fantasía, adoctrina el entendimiento como en escuela de virtud, generosidad y cortesía. Fué, pues, Alarcón poeta moralista, con moral de caballeros, única que el auditorio de su tiempo hubiera sufrido en el teatro, y así abrió en el arte su propio surco, no muy ancho, pero sí muy hondo. Su estatua queda colocada para siempre donde la puso Hartzenbusch, «en el templo de Menandro y Terencio, precediendo á Corneille y anunciando á Molière».

Trabajo cuesta descender de tales alturas para contemplar el estado nada lisonjero de la poesía mexicana durante la mayor parte del siglo xvii. Pero no nacen todos los días Alarcones y Valbuenas, y por otra parte, las dos epidemias literarias del culteranismo y del conceptismo comenzaban á esparcir su letal influjo en las colonias como en la metrópoli, con la circunstancia además de no ser en México Góngoras ni Quevedos, ni siquiera Villamedianas y Melos, los representantes de la decadencia, sino ingenios sobremanera adocenados y de corto vuelo, con una sola pero gloriosísima excep-

ción, la de una gran mujer que en ocasiones demostró tener alma de gran poeta, á despecho de las sombras y desigualdades de su gusto, que era el gusto de su época.

No era posible, sin embargo, que en un día desaparecieran las buenas tradiciones literarias que, por sucesión apenas interrumpida, venían transmitiéndose desde Cetina, Salazar, Juan de la Cueva y Mateo Alemán, hasta Luis de Belmonte, que en México escribió su poema de *San Ignacio*, y Diego Mexía, que en largo y penoso viaje de tres meses por el interior de Nueva España, tradujo las *Heroídas de Ovidio*, en un ejemplar que, «para matalotaje del espíritu», había comprado á un estudiante de Sonsonate (1). Todavía proseguía siendo México la metrópoli literaria del mundo americano, afamada entre todas sus ciudades por la doctrina de sus escuelas, por la cultura de sus moradores y por la gala y primor con que se hablaba nuestra lengua, conforme declaró Bernardo de Valbuena:

Es ciudad de notable policia,
Y donde se habla el español lenguaje
Más puro y con mayor cortesanía.
Vestido de un bellissimo ropaje
Que le da propiedad, gracia, agudeza,
En corto, limpio, liso y grave traje (2).

Los certámenes menudeaban y había plaga de poetas, ó, mejor dicho, de versificadores, latinos y castellanos. Más de ciento, pertenecientes á esta época, se encuentran citados en el vasto trabajo bibliográfico de Beris-

(1) Volveremos á hablar de Diego Mexía y de su *Parnaso Antártico* al tratar de los primeros poetas del Perú.

(2) *Grandeza Mexicana*, epílogo.